

INFLUJO DEL BEATO JOSEMARÍA EN TORNO A LA SANTIFICACIÓN DE MI TRABAJO DE INVESTIGACIÓN, DOCENCIA Y DIVULGACIÓN EN EL TEMA DE LA GEODEMOGRAFÍA

MANUEL FERRER REGALES*

El Beato Josemaría ha ejercido sobre mí, en relación con mi tarea como universitario, una clara influencia: mi investigación geodemográfica, además de estimulante, se encasilla en cada una de las categorías del trabajo, dentro de la triple dimensión santificadora del mismo.

Mi trabajo universitario ha versado sobre la Geodemografía. Se trata de una ciencia en la que la figura de la persona humana es central, o si se quiere, en la que el hombre es el protagonista del entorno en el que vive y con el que se relaciona. Esta afirmación es, en la segunda mitad del siglo XX, objeto de debate y discusión. Podemos hablar de dos concepciones. Las notas que las diferencian permiten apreciar el grado y la calidad que cada versión otorga al ser humano. Me interesé por el tema de la población en los años 60 (la época de floración de la mentalidad neomaltusiana, que centrada en la relación población con recursos y desarrollo económico, después sobreañade la relación con el ambiente). Y han sido muy fuertes las descalificaciones a la Iglesia Católica, como defensora de la regulación natural de la fecundidad y de la paternidad responsable, caracterizándolas de irreales,

ilusorias, utópicas, y esgrimiendo argumentos de libertad.

Concepciones sobre el hombre y su entorno

Según la primera que podríamos definir como cerrada a la vida, la población, el desarrollo y el ambiente tienen que mantenerse en equilibrio. De tal modo que si se rompe este último, hay que recomponerlo. Y puesto que se considera al ambiente como una variable fija (los recursos, el ecosistema), y al desarrollo (progreso material y social), como el producto de la relación entre la población y el ambiente, se concluye que la clave del equilibrio, y si se quiere del progreso, está en graduar el volumen de la población. Esta conclusión es la que dio lugar al concepto de superpoblación, que se atribuyó en especial a los países pobres o subdesarrollados. El equilibrio exigiría, en consecuencia, no tanto en aumentar los recursos, que se consideraban cada vez más escasos, cuanto en disminuir el crecimiento de la población. Aplicada en la segunda mitad del siglo XX a los países pobres, en ellos deberían establecerse unas medidas reductoras

* Manuel Ferrer Regales: Profesor Emeritus de la Universidad de Navarra. Ha impartido docencia en las Universidades de Zaragoza y Oviedo con anterioridad. A lo largo de su vida académica ha investigado sobre el medio rural e industrial, el sistema de ciudades y actualmente trabaja sobre los Centros Históricos de las ciudades de España. Una línea continua en su interés como docente e investigador ha sido la geodemográfica. Entre los últimos libros publicados figuran «Declive demográfico, cambio urbano y crisis rural» y «Población, ecología y ambiente» (EUNSA 1994 y 1996). Ha colaborado en Revistas españolas y de otros países, y trabajado con equipos universitarios de Burdeos, Nápoles, Palermo, París y Varsovia.

de la población. Esta es, en esencia, la filosofía de las llamadas políticas demográficas. Además, y conforme pasan los años y el individualismo hedonista y consumista se extiende en los países ricos, las políticas demográficas incluyen la difusión de aquellos estilos de vida ajenos a una concepción de la vida acorde con la dignidad de la persona.

Según el enfoque abierto a la vida, hemos de partir de la idea de que la vida humana, aunque enmarcada en una realidad histórica, no se agota en ella sino que está instada a perfeccionarla. El hombre es un ser perfectible y perfeccionador, de sí mismo, de los demás y de la naturaleza creada por Dios.

En el plano de los medios, es bueno contar con los resultados de la ciencia, pero no hay que olvidar que la ciencia tiene un límite, aquel en el que queda comprometida la naturaleza del hombre, como criatura libre y responsable, y destinada a amar a Dios y a servir a los demás por amor, a servirse de la naturaleza y a mejorarla. La condición natural de la relación entre los seres humanos es la fraternidad humana y sobrenatural, y con la naturaleza el dominio respetuoso. En consecuencia, la cultura –avances científicos y de organización social–, debe respetar la prioridad de la dignidad humana, y excluir los métodos y resultados, por muy científicos que sean, que se opongan o perturben el recto orden de las cosas y de la propia naturaleza.

Criterios básicos ante el problema de la población

Desde el principio comprendí que la ciencia correctamente asumida era compatible con la dignidad del hombre y que mi investigación geodemográfica tenía una dimensión directamente doctrinal y apostólica. El rico contenido del mensaje del Beato Josemaría

me urgíó a defender la verdad, tanto en lenguaje científico –foros universitarios– como en lenguaje sencillo- medios de comunicación. Así la investigación adquiriría una dimensión social estrechamente unida al perfeccionamiento personal, en la triple dimensión de hijo de Dios, ciudadano, y miembro de una familia, como he aprendido de las enseñanzas del Beato Josemaría.

Me sentí removido e instado ya que, entre los contenidos de la materia que tenía que explicar a mis alumnos figuraba la población. Es a partir de los años sesenta, cuando comencé a indagar no sólo en las fuentes geográficas sino que procure ampliar mis conocimientos al campo de la sociología y la demografía. Era consciente de que la población tenía mucho que ver con mi formación como hijo del Beato Josemaría, y por tanto con cuestiones tan radicalmente apostólicas como la santificación del trabajo y de la familia. En el ambiente de finales de aquella década ser «alma de criterio», «agotar la verdad», y comprometerse dentro de la sociedad para servirla, como se dice en Camino, era un revulsivo, que aparte de su valor general, para esta generación y las que nos sucedan, tenía especialmente un gran interés cuando se estaban poniendo los cimientos de una transformación cultural tan desafiante y apasionante para el académico como la al principio descrita. Ciencia y fe no podían ser incompatibles, como tantas veces dijo el Beato Josemaría. El amor a la Iglesia y al Papa se hermanaban y eran muy necesarios en tiempos de turbulencia.

Pasados los años, he tenido ocasión de comprobar la validez de los criterios de los que me siento deudor:

a) Más que nunca hay que seguir lo que está diciendo el Papa Juan Pablo II. Al mantenerse en la verdad se gana siempre, el error en cambio se contradice. Un colega mío, creo que el sociólogo más conocido en

mi país, me decía no hace mucho con motivo de una tesis doctoral: Manuel, tu sigues donde estabas, yo cada vez me acerco más a ti. *b)* El cristiano tiene que ser fiel, firme en su confianza en la Iglesia y atento a su formación. El carácter predictivo de la «*Humanæ Vitæ*», transcurridos más de treinta años desde su publicación, es obvio. Desde entonces el problema de la desnatalidad ha conducido a la Europa occidental a una situación muy comprometida de envejecimiento de tal forma que desde hace años nos hallamos instalados en lo que ha venido en llamarse el invierno demográfico. *c)* El mayor reto de nuestro días es como unir los bienes materiales a los espirituales, esto es, vivir lo que el Beato José María denominaba materialismo cristiano. *d)* La gente, sin acepciones de edad, sexo y clase social o pertenencia a uno u otro mundo tienen derecho a participar en los bienes de uno y otro signo. *e)* Nada de fronteras ni exclusiones, tampoco entre mis colegas, a pesar de que yo mismo haya sido objeto en ocasiones del ostracismo intelectual cuando no de la crítica sesgada.

A este respecto, recuerdo una doble anécdota que expresa bien a las claras esa idea tan querida del Beato Josemaría de distinguir entre las personas y el error. Un Director de una Revista geográfica me dice que se ve obligado a publicar una reseña donde se hace una crítica muy sesgada sobre un libro mío titulado «Declive demográfico, cambio urbano y crisis rural». Y añade, es que «vosotros respecto al aborto se entiende, pero en cuanto a la contracepción...». Tuve que aclararle, obviamente, el término vosotros, apoyándome en criterios doctrinales, aunque también ecológicos puesto que la contracepción y muy especialmente el aborto es una agresión a la naturaleza humana.

Ese libro por cierto, tenía un largo prólogo de otro famoso sociólogo, amigo y colega mío, al que conocí

junto con mi mujer en un Congreso sobre fertilidad en los años setenta. Dos décadas después muestra una gran altura de miras en sus elogios, aunque haga una crítica de esa postura que yo mantenía sobre la relación entre crecimiento de población a largo plazo y desarrollo. Me inspiraba en economistas tan conocidos como el británico Colin Clark, o el estadounidense Julian Simon, prematuramente fallecido este último, que tan gran labor hizo con sus libros y sus debates televisivos en EE.UU.

La divulgación

Motivado por el Beato Josemaría no me limité a escribir artículos de Revista y libros, que a fin y a la postre quedan en el estrecho círculo de los especialistas. Lo mismo cabe decir de la participación en Congresos y Foros internacionales o en el dictado de Conferencias ante públicos más o menos reducidos. Me lancé a la arena de los medios, a sabiendas de que había que divulgar y contrarrestar la atmósfera devaluadora de la maternidad y la procreación, y aportando argumentos que contraponían a las visiones catastrofistas otras más ajustadas a la realidad y diseñadoras de escenarios de futuro. Luces y sombras, ciertamente, aparecen en ambos tipos de análisis y diagnósticos, traducidos desde el trabajo investigador al público. En síntesis, fui transmitiendo lo que con el tiempo iba confirmándose.

Natalidad y valores

1) Ha fracasado el acerbo teórico para explicar la evolución de la natalidad en el mundo occidental. En definitiva, se rompe la pretendida correlación entre el número de hijos y el desarrollo económico ya que el denominado desplome infantil

que es propio de Europa occidental a partir de fines de los años sesenta sustituye a la holgada sustitución de generaciones de los años cincuenta y sesenta. Así que la falta de reemplazo generacional comienza con anterioridad a la crisis económica de los años setenta, y prosigue después a pesar del ciclo último de alza económica.

- 2) El declive de la natalidad agudiza o provoca el envejecimiento progresivo de la población, y la necesidad de acudir a la inmigración, de tradición en los países centro-europeos pero que luego se traspa también a los mediterráneos.
- 3) He podido comprobar que el fortísimo declive de la natalidad en un corto período de tiempo ni fue previsto por los científicos sociales, ni aseguraba la modernización entendida como la consecución de los hijos deseados, mediante las legislaciones sobre la contracepción y el aborto.
- 4) Por añadidura, al analizar las causas del declive, el positivismo se limita a enumerar los obstáculos económicos, sociales, profesionales, etc., como causas, ciertas, pero insuficientes para explicar su alcance dramático. Nadie citaba a los valores, o si se prefiere a las virtudes, para explicar el problema de fondo que traslucía la desnatalidad.

Población, recursos y ambiente

Al tratar de la relación entre población y otras variables en la segunda mitad del siglo XX no se han cumplido las previsiones catastrofistas. Basta recordar que:

- 1) El desarrollo se ha mostrado como una variable independiente del crecimiento de la población.
- 2) La producción alimenticia ha sobrepasado con mucho el crecimiento demográfico.
- 3) El supuesto agotamiento de los recursos es sustituido por el dilema ambiental.

- 4) Se incorporan al desarrollo los llamados países emergentes.
- 5) La globalización es un proceso teóricamente favorable a la extensión del desarrollo aunque requiere cambios importantes entre los países ricos, entre otros la apertura al comercio de los países pobres; y que en estos últimos es necesario arbitrar medidas de mejora de la organización, sin olvidar a las guerras y a la hambruna por causas climáticas.

Habría que señalar que también abundan las sombras en esta etapa de medio siglo:

- 1) La pobreza y el subdesarrollo profundo sigue siendo un drama que afecta a una cincuentena de países.
- 2) El porcentaje de hambrientos ha disminuido, aunque continúa el hambre siendo un drama ostensible mientras sobra o se limita la producción alimentaria en los países ricos.
- 3) Aunque la mayoría de los países menos avanzados han aumentado su PIB, en los ricos el aumento ha sido mayor, a la vez que las disparidades entre la riqueza y la pobreza, el superconsumo y la miseria, han aumentado entre los avanzados y los menos favorecidos, así como también las diferencias ostentosas y dramáticas entre las personas y grupos integrados y los excluidos en el caso de Europa occidental.

El futuro

En concreto, me interesa destacar tres fenómenos de una gran trascendencia actual, que tienen alguna reminiscencia con el sistema cerrado del que hemos estado hablando. Me referiré al envejecimiento de la población y al fenómeno de la inmigración, y al ambiente, en primer lugar. Después, hablaré de las

amenazas de una mayor oclusión de la cultura de la muerte, en contraste con los valores abiertos a la vida y a la justicia y la solidaridad.

Envejecimiento e inmigración. Ambiente

- 1) En concreto, se han agravado los problemas relacionados con el envejecimiento: aumento de costes sociales, hipoteca de la reposición de las generaciones, necesidad de mano de obra y apelación a la inmigración. La última proyección del 2000 de cara al año 2050 muestra cómo la población del «Viejo Continente» requeriría una cantidad asombrosa de inmigrantes para compensar el vacío generado por la falta de cunas autóctonas, es decir, por la involución demográfica. No vamos a entrar aquí en los tres escenarios y los objetivos a cada uno correspondientes. En cualquiera de los tres, el yermo de envejecimiento provocado por la subfecundidad exige una inmigración explosiva. A mi entender, tal tipo de proyecciones al muy largo plazo se parecen a las que condujeron a hablar de la explosión demográfica, aunque en sentido contrario. Cabe preguntarse, en consecuencia, si la publicación de cifras que han sido tildadas en medios demográficos serios de absurdas, tiene como objetivo preparar a la opinión pública sobre políticas de futuro relacionadas con los ancianos. Lo que no invalida, ciertamente, la necesidad de la inmigración auspiciada por el envejecimiento.
- 2) De cara al futuro la inmigración, que requiere grandes volúmenes de personas, es vista como un fenómeno con dos caras, como problema y como solución, pero lo que es innegable es que ha obligado a los países ricos a reconsiderar muchos de los postulados sobre los que se había construido la cultura contemporánea. Ante una masa de

indigentes que se mueven a nivel de supervivencia, y no tienen más remedio que abandonar familia y tierra, para ir en busca de un trabajo que muchas veces se les presenta arduo o imposible, con el consiguiente drama de la explotación o el maltrato, hay que ser muy duro o indiferente para pasar a su lado sin verse afectados por el problema.

- 3) La cuestión del ambiente resulta problemática desde el punto de vista de nuestras actividades —alrededor del 70 % de la contaminación se debe a la producción energética y a los transportes—, como por la falta suficiente de información. El estricto cumplimiento de las normativas internacionales y su trasvase a los marcos nacionales por Gobiernos, medios regionales y locales y empresas agresivas es la solución para acortar y disminuir los efectos de la situación actual y futura.

Biologismo frente a humanismo

La extrapolación de la Ecología biológica a la Ecología humana conduce a la Ecología profunda, al egocentrismo biologista o al antropocentrismo biologista-eugenésico. Esta terminología que podría tacharse de críptica, cabe simplificarla por medio de tres afirmaciones:

- 1) La especie humana debe someterse a las leyes fisiológicas de las demás especies. Como no ha ocurrido así el crecimiento de la población posee un carácter patológico.
- 2) Así que el individuo es sustituido por la especie, susceptible de mejora y selección, con lo que la vida de la persona concreta sin calidad genética e intelectual carece de sentido. Lo mismo puede afirmarse de las gentes o pueblos que se apartan más de los condicionamientos biológicos por causa de la fecundidad.

3) Afortunadamente, las anteriores afirmaciones son minoritarias. Ante el antihumanismo demográfico y bioecológico, basta señalar tres presupuestos. En primer lugar, el hombre es el único ser en la naturaleza que está dotado de inteligencia y posee dimensiones morales, por lo que es el único ser capaz de distinguir el bien y el mal. Después, nuestra relación con la naturaleza es de respeto a lo creado y se desenvuelve en el ámbito de la ciencia y la tecnología, con el objetivo de satisfacer nuestras necesidades de bienestar material en el marco del desarrollo cultural que nos es propio. Finalmente, el antropocentrismo bíblico es solidario, puesto que la Tierra y sus bienes pertenecen a todos los hombres, lo que significa que cada hombre tiene obligaciones sociales respecto a los demás en el uso global que hace del planeta.

Este escenario esperanzado parte de la confianza de que los valores de la familia se hallan todavía muy arraigados, y de que sean activadas las ayudas institucionales, económicas y sociales que permitan contribuir a la recuperación de la fecundidad. La recuperación y promoción de la fe en las nuevas generaciones, cuya expresión más significativa fue la celebración del jubileo de la Juventud en la Roma del 2000 con

dos millones de jóvenes asistentes, es condición necesaria. La ayuda a la familia y a la natalidad es, por añadidura, un complemento para procurar una reposición que permita la convivencia –y no la desaparición–, de la cultura europea de raíces cristianas, en solidaridad con las culturas de la inmigración.

Contra pesimismo, optimismo. Pero no un optimismo utópico, sino realista. El realismo es la virtud que nos hace admitir la existencia de errores y deficiencias mientras vivamos, a título personal y colectivo. Pero nos anima también a prepararnos sólidamente, cada cual en nuestro campo, para encararlo de la mano de la verdad y el amor. Quizá sea ésta la mayor lección que a lo largo de mi trabajo en el ámbito de la Geodemografía, he podido aprender.

Mi trabajo ha ido mejorando en rigor científico, sus resultados han servido a la verdad de las cosas, algunas personas han podido acercarse a Dios a través del conocimiento de esa verdad, he sido amigo de colegas que no pensaban igual que yo, y yo mismo, sin darme cuenta, he cobrado cada vez mayor conciencia de mi responsabilidad como profesional con identidad cristiana. Se me conoce como un luchador, y es cierto.